

Presentación

El aniversario número cincuenta de una publicación periódica es un motivo de gran satisfacción. Supone no sólo haber alcanzado sobradamente la firmeza de una edad que es en sí misma un saldo de ciencia y cultura, sino que esta honorable longevidad significa su definitiva instalación en el área disciplinaria específica, cuyo campo ha contribuido a acrecentar y a consolidar.

La revista *Montalbán* del Instituto de Investigaciones Históricas «Hermann González Oropeza», de la Universidad Católica Andrés Bello, es buena prueba de ello, pues creó para nuestra universidad, a partir del año de su primera entrega, el año 1972, no solo un campo nuevo de trabajo, sino que le dio a las investigaciones de la Facultad de Humanidades y Educación de nuestra casa de estudios un espacio privilegiado de difusión.

Todo lo mejor y todo lo más determinante de la investigación humanística de la UCAB pasó, desde esos años fundacionales, de una u otra manera por la revista *Montalbán*. Esto hizo que el acertado nombre con el que se la tituló, el noble topónimo del sitio donde se edificó la casa de estudios, pasara a entenderse emblema de la universidad al completo en cada una de las páginas de la revista. Nunca en desmedro de ninguna otra publicación, *Montalbán* se consolidó como la revista de la universidad de los jesuitas en Caracas.

La Universidad Católica Andrés Bello tenía dieciséis años de haber sido fundada cuando *Montalbán* irrumpe con un rigor investigativo y con una potencia creadora no vistos hasta ese momento en nuestra universidad. Estos rasgos van a caracterizar el proyecto editorial desde su fundación y hasta el presente. Habría que señalar, en confirmación de esto que decimos, que cada número de este anuario estaba compuesto por varios cientos de páginas. Se trataba de volúmenes gruesos que contenían como sumario libros enteros, que más tarde serían publicados en ediciones separatas, con cubiertas propias diseñadas expresamente para cada título (una manera de evitar que la revista se convirtiera en un sepulcro para los trabajos reunidos en ella). De esta suerte, la aparición de cada número de la revista se expresaba en la edición de dos o tres obras que irían a engrosar el catálogo de las publicaciones de la universidad y, concretamente, del Instituto y sus dependencias, en las distintas áreas de investigación: historia colonial, historia territorial, historia eclesiástica, historia cultural,

religiones comparadas, etnohistoria, lingüística indígena, antropología, etnografía y estudios literarios; fundamentalmente. En algunas ocasiones, trabajos aparecidos originalmente en la revista luego tendrían vida propia en otras colecciones editoriales de la universidad, como serían los casos de la *Colección Manoa* o de *Cuadernos de Prosa*.

El prodigio fundacional, está claro, fue el resultado de muy felices conjunciones. La más determinante, la confluencia en la universidad de un cuerpo de notables figuras de la investigación histórica, humanística, antropológica e indigenista. Sus nombres ocupan hoy asientos en la nómina de la ciencia historiográfica y lingüística del país: el sabio misionero capuchino Cesáreo de Armellada, los jesuitas historiadores José del Rey Fajardo, Hermann González Oropeza, y Pablo Ojer Celigueta (este último dejaría más tarde la Compañía de Jesús, pero no por ello abandonaría las filas de colaboradores de la revista), el experto en límites Daniel de Barandiarán, el jesuita gramático Jesús Olza Zubiri, la antropóloga y especialista en culturas afronegroides Angelina Pollak-Eltz y el ensayista y bibliógrafo Efraín Subero, entre otros.

El fundador de la revista sería el padre José del Rey Fajardo. El ayer y el hoy de la publicación debe a este notable historiador y académico la concepción del proyecto editorial, la planta de la revista, el rigor en la escogencia de colaboraciones y colaboradores y el empuje para hacer sólida una revista de una tal envergadura, que irrumpe en un tiempo bueno para el país y que lo aprovecha para estudiarlo desde ángulos no ensayados. Su impronta no era otra que asentar los conocimientos fundamentales en cada una de las áreas temáticas de las que se ocuparía la revista *Montalbán*. Hijo predilecto de la Compañía de Jesús en Venezuela, el padre del Rey ha empeñado muchos esfuerzos en darle empuje a la revista cincuentenaria que hoy celebramos. Ha moldeado la revista en su aspecto formal, con esos grandes volúmenes de las primeras décadas, y en su aspecto conceptual, con esas colaboraciones punteras que abrieron rutas nunca antes promovidas por la historiografía nacional (entre otras, habría que resaltar las relativas a la historia territorial, a la filología jesuítica y a los estudios indigenistas, que por mucho tiempo edificaron el prestigio internacional, no solo del Instituto de Investigaciones Históricas y de su Centro de Lenguas Indígenas, sino de la Universidad Católica Andrés Bello, del que todavía se siguen obteniendo beneficios científicos). Al momento de dejar el decanato

de la Facultad de Humanidades y Educación para partir a San Cristóbal, a ocupar el cargo más alto de su carrera como rector de la Universidad Católica del Táchira, el padre del Rey promueve la gestación en la universidad andina de los jesuitas venezolanos de una revista hija de *Montalbán*. La titulará *Paramillo* y le ofrecerá una factura similar a la de su gemela caraqueña. Habría que conceptualizar el desarrollo e impacto de estas dos revistas como si se tratara de una misma empresa de estudio y divulgación científica del país. Cuando se estudie la significación y el legado del padre en su amplia faceta como editor, estas dos revistas ocuparán lugar de enorme preeminente en todo lo que el padre del Rey ha construido en su meridiana carrera de estudioso. Celebrar hoy el cincuenta aniversario de *Montalbán*, se diga o no, es celebrar uno de los éxitos más rotundos en la trayectoria de este jesuita ejemplar.

Aunque no puedo en esta nota de presentación extenderme en cada una de las etapas de la revista, ni en la lista dorada de colaboradores, ni en muchos de los textos publicados que son hoy de imprescindible referencia, ni en las idas y venidas de las propuestas editoriales, ni en los profesores e investigadores del Instituto de Investigaciones Históricas que dedicaron y dedican muchas horas y trabajo para que la revista aparezca con la puntualidad y rigor que la caracteriza, no quisiera dejar de mencionar a los directores del IIIH que respaldaron la pervivencia de la revista. Ellos han sido Pablo Ojer Celigueta, Juan Echeverría Goenaga (E), José del Rey Fajardo, Cesáreo de Armellada, Hermann González Oropeza, Manuel Donís Ríos (E), Elías Pino Iturrieta, Carlos Rodríguez Souquet y el director actual, el profesor y académico Tomás Straka. Los padres del Rey Fajardo y González Oropeza, la doctora Pollak-Eltz y el profesor Pino Iturrieta fueron directores de la revista *Montalbán*.

Desde sus inicios y hasta el presente, la revista *Montalbán* ha querido ser un espacio propicio para la palabra y el pensamiento libres. De esta suerte, la revista ha mirado a todos los horizontes posibles, tantos como los que cada una de las disciplinas que conforman las ciencias humanas así lo hayan pautado. Integral e integradora, *Montalbán* ha buscado siempre la comprensión plural de la historia y cultura de Venezuela, Latinoamérica y el mundo. Magistral y maestra a la vez, la revista ha seguido el dogma del rigor sin rigidez, enseñando a partir de la ciencia de los datos y convenciendo gracias a una filosofía de la vocación por el conocimiento. Formadora y formativa, por sus páginas han transitado en igualdad de condiciones firmas de

investigadores veteranos y firmas de investigadores iniciales, egresados en su mayoría de los postgrados en historia de la universidad, entendiéndose la revista en paridad como cátedra y escuela.

Recorrer el índice onomástico de la revista nos arrojarían nombres protagónicos de la investigación histórica, lingüística, antropológica y cultural de dentro y de fuera del país, cuyos textos son legado de ciencia y cultura. Sin ánimo de exhaustividad, me voy a atrever a organizar una lista de nombres de colaboradores frecuentes y eximios de la revista, como un reconocimiento de gran amplitud exigido por la oportunidad celebratoria presente:

Mirla Alcibíades, Atanasio Alegre, Arturo Almandoz, Juan Almécija, Alexandra Álvarez, José Álvarez, Orlando Álvarez, Rogelio Altez, Emanuele Amodio, Manuel Arango L., Orlando Araujo, Cesáreo de Armellada, Guido Arnal, Francisco Arruza, Nelly Arvelo-Jiménez, Antonio Astorgano Abajo, Elizabeth Auvvert, José Balza, Daniel de Barandiarán, Lyll Barceló-Sinfontes, Basilio de Barral, Rafael Batlles, Horacio Jorge Becco, Carmela Bentivenga de Napolitano, Horacio Biord Castillo, Miriam Blanco-Fombona de Hood, Luis Boglar, Adriana Bolívar, Francisco Borja, Allan R. Brewer Carías, Claudio Briceño, Guillermo Briceño, J. M. Briceño Guerrero, Manuel Briceño Jáuregui, Mario Briceño-Iragorry, Jean Carlos Brizuela, Janet Buchholz, Audrey Butt Colson, Aurora Camacho, Fernando Campo del Pozo, Andrés Cañizales, Áxel Capriles, Ruth Capriles, Rafael Carías, Carmen Hercilia Carrasquel Jerez, Buenaventura de Carrocera, Leonardo Carvajal, Paulo Carvalho-Neto, Marc de Civrieux, Jacqueline Clarac de Briceño, Rodrigo Conde, Antonio Cornejo Polar, Pedro Cunill Grau, Francisco Curt Lange, Dora Dávila Mendoza, Antonio De Abreu, Blanca De Lima, Manuel Donís Ríos, Josef Drexler, Javier Duplá, Walter Dupuoy, Carmelo Elorduy, Ebelio Espínola, Alejandro Fajardo Aguirre, Franz Faust, Laura Febres, José A. Ferrer Benimelli, Yajaira Fréites, Nina S. Friedemann, Joaquín Gabaldón Márquez, Juan Carlos Ganteaume, Argimiro García, Eduardo García, Leovigildo García, Lulú Giménez Saldivia, Lino Gómez, Odilo Gómez Parente, Hermann González Oropeza, María Elena González Deluca, Omar González Ñáñez, Pedro Grases, Mariano Gutiérrez, Jean Guy Goulet, Walter Hanisch Espíndola, Thamara Hannot, Nikita Harwich Vallenilla, Veronique Hebrard, Dieter Heinen, María Soledad Hernández Bencid, Manuel Hernández Hernández, Jonathan Hill, Domingo Irwin, Carlos

Izzo, Tarsicio Jáñez, Gaudioso Jiménez, Miguel Ángel Jusayú, Pedro Krisólogo, Frédérique Lange, Bernard Lavallé, Julio Lavandero, Carole Leal, Migdalia Lezama, John Lipski, Pedro Francisco Lizardo, María Luisa Llorente, Isaac López, Julio López, Roberto José Lovera De Sola, Manuel Lucena Giraldo, John Lynch, Santiago Magariños, Luisa Margolies, Marie Claude Mattéi Müller, Carmen Cecilia Mayz, William W. Megenney, Alejandro Mendible Zurita, Marielena Mestas Pérez, Agustín Millares Carlo, Domingo Miliani, Agustín Moreno Molina, Mariano Nava Contreras, Hugo Obregón Muñoz, Pablo Ojer Celigueta, R. Olachea, Jesús Olza Zubiri, Carlos Page, Fernando Parra Aranguren, Marie France Patte, Francisco Javier Pérez, Eduardo Piacenza, Elías Pino Iturrieta, Angelina Pollak-Eltz, Baltazar Enrique Porras Cardozo, Hugo J. Quintana M., Inés Quintero, Luis Felipe Ramón y Rivera, Lucía Raynero, Manuel Revuelta, José del Rey Fajardo, Ana María Rodríguez, Carlos Rodríguez Souquet, José Ángel Rodríguez, José Ronzón, David Ruiz Chataing, Yolanda Salas de Lecuna, Adolfo Salazar Quijada, Edda O. Samudio A., Carlos Sánchez, César Sánchez, Samir Sánchez, Julieta Sánchez Chapellín, Wilhelm Schmidt, Arturo Sosa Abascal, Luciana de Stefano, Pavel Stepánek, Ezio Serrano Páez, Tomás Straka, Rafael A. Strauss K., María Matilde Suárez, Wagner Rafael Suárez, Efraín Subero, Jeannine Sujo Volsky, V. M. Tarchov, Basilio Tejedor, Yolanda Texera, Alexander Torres, Ermila Troconis de Veracoechea, Ann Twinam, Luis Ugalde, Emilio J. Urbina Mendoza, César Uzcátegui, Miriam Valdivieso, Julio Velilla, María Eugenia Villalón, Ramón Vinke, Francisco José Virtuoso, Erika Wagner, Johannes Wilbert, Salvador Yanuzzi, Corina Yoris Villasana, Luis Zambrano, Stanford Zent, Otto Zerries, Michael Zeuske, Félix Zubillaga y Alberta Zucchi.

Asimismo, me gustaría recordar y agradecer las tareas realizadas en favor de la pulcritud de la producción editorial de la revista y los muchos desvelos cumplidos para ello por la Profesora María Soledad Hernández Bencid. En la actualidad José del Rey Fajardo es el director-editor de la revista y María Soledad Hernández Bencid es su comprometida editora-jefe.

Johan Huizinga decía que “toda verdadera cultura escribe de Historia” y que “la pureza y riqueza de los conocimientos históricos indican antes que nada el valor de una cultura”. Estoy convencido, no solo de la verdad de estos principios practicados por el genial autor de *El otoño de la Edad Media*, sino de que la cincuentenaria revista que hoy festejamos, nacida en el

recogimiento de la vega de Montalbán, al amparo del cerro «Itagua», ha confirmado sin titubeos el valor de nuestra cultura al entender la riqueza y la pureza de los conocimientos históricos a cuyo hallazgo y divulgación la revista ha estado dedicada.

Montalbán ha escrito y escribe de historia para entender nuestra verdadera cultura y para formar parte de ella. Quizá sean estas las dos direcciones en las que debemos buscar el auténtico legado de esta magistral publicación a los cincuenta años de su nacimiento; historia e historiografía acopladas en una sola y virtuosa narrativa. No otra cosa, que hacer que el significado y el significante de esta empresa de cultura logren dibujar la «Venezuela permanente», esa que todos queremos rescatar como una de nuestras más perentorias necesidades.

Francisco Javier Pérez

Secretario general de la Asociación de Academia de la Lengua Española

Profesor Titular Jubilado de la UCAB